

tan favorable como el primero. Al mismo tiempo el general Miramon llegaba á la Alameda con infantería y artillería, desprendidas de nuestra línea del Norte, y derrotaba la reserva de las columnas que atacaban la Cruz.

Los republicanos, rechazados y batidos por todas partes, á pesar de su valor y su tenacidad, tuvieron que perder toda esperanza de buen éxito; nuestras balas los persiguieron mientras que verificaban su retirada hácia las alturas, de donde habian bajado tan orgullosamente por la mañana. La artillería enemiga respondía á la nuestra; pero sus últimos disparos parecían mejor manifestar una rabia impotente que amenazarnos con una agresion.

La plaza de la Cruz presentaba una animacion extraordinaria. El general Miramon llegó; el Emperador le tendió los brazos. Llegaron nuevos prisioneros y los trofeos quitados al enemigo.

Reinaban el júbilo y el entusiasmo. Los clarines tocaban diana por todas partes, y nuestras músicas ejecutaban el himno nacional. La emocion era general. El Imperio se habia salvado, ó por lo ménos así se creia.

El Emperador, siempre tranquilo, grande, lleno de una suprema dignidad lo mismo en la victoria que en la derrota, se acercó á diversos oficiales, los felicitó y les dió señales de su estimacion.

El Emperador tenia motivo para estar contento. Estaba hecho lo mas difícil, y todo el mundo habia cumplido bien con su deber.

Aquellos momentos fueron sublimes; jamas los olvidaré.

Eran el lado hermoso de la guerra. Muy pronto iba yo á ver lo que tiene de horrible.

VII

Visita al hospital.—El capitán D. Antonio Salgado.—El teniente coronel D. Juan de Dios Rodríguez.—El capitán Domínguez.—Un comandante austriaco.—Los heridos.—Lo que se llama hospitales y ambulancia en México.—Visitas del Emperador á los hospitales de Querétaro.—Los muertos.—El hotel del Águila Roja.—Recuerdos del sitio de Puebla por el mariscal Forey.

Me dirigí al hospital para visitar á nuestro capitán primero D. Antonio Salgado, que habia sido herido en un pié, muy cerca del general Márquez y del coronel Arellano, en la última salida que habian hecho contra los republicanos. El capitán habia recibido una bala en el talón; por fortuna su espuela habia atenuado el efecto del proyectil. Sin embargo, su herida podia volverse peligrosa y le hacia sufrir mucho. Estaba amenazado tambien por una hipertrofia del corazón. Profundamente conmovido al verle en tan triste estado, le manifesté la respetuosa simpatía de mis camaradas hácia él, y su admiracion por la bella conducta que habia observado.

En efecto, el comandante Salgado era uno de los oficiales que se habian distinguido mas en aquella jornada, no solamente por su valor, sino tambien por su inteligencia. Antes teniamos contra él un vivo resentimiento, engendrado por su riguroso espíritu de disciplina, que tomábamos por tiranía, y por consiguiente nos rehusábamos á creer en su valor. Pero cuando le vimos cumplir tan noblemente su deber, cuando nos dió el ejemplo de la mas rara abnegacion, olvidamos sus rigores pasados; el respeto ocupó el lugar del odio, é hicimos completa justicia á sus grandes cualidades.

En un cuarto contiguo se hallaba el teniente coronel Juan de Dios Rodriguez, tendido en un colchon de paja; cubria su semblante una palidez mortal, sus ojos estaban apagados. Un amigo suyo entró y le preguntó:

—¿Qué sucede, Juan, cómo sigues? El herido hizo un ligero movimiento de cabeza, que queria decir: muy mal.—No tengas cuidado, Juan, contestó el otro, tratando de dominar su emocion; escaparás de esta como del tiro de revólver que te disparó Ronda á quema-ropa hace un año.

Juan de Dios ya no podia hablar; contestó con una ligera y triste sonrisa de moribundo. Su familia y sus hermanas fueron llorando á recogerle.

Algunos minutos ántes el Emperador habia ido á verle. Un médico, á quien el Soberano interrogó secretamente sobre el estado del herido, habia contestado:

—Señor, ese valiente oficial apenas tiene algunas horas de vida.

El Emperador consoló entónces, lo mejor que pudo, á Juan de Dios Rodriguez. Le concedió la cruz de caballero del Aguila Mexicana, asegurándole que le reservaba el grado de coronel y el mando de un cuerpo de su futura guardia.

A todas estas pruebas de simpatía y de estimacion, D. Juan de Dios contestó estrechando, cuanto se lo permitian sus débiles fuerzas, la mano que el Emperador le tendia, y dijo con una expresion de adhesion y de resignacion imposibles de describir: «Señor, me considero dichoso muriendo por Vuestra Majestad!»—Estas palabras conmovieron el corazon tan sensible y tan bueno del Emperador, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

Con grande admiracion de todos, D. Juan de Dios no sucumbió. Algunas semanas despues tomó de nuevo el mando de su batallon.

Convaleciendo todavía, corrió á una accion donde le encontró el general Mendez. Este último amenazó á D. Juan de Dios Rodriguez con su descontento, si volvia á cometer semejantes imprudencias.—Juan es mas duro á los golpes y á las fatigas que un caballo, decia el general Mendez; tiene heridas en el cuerpo, dé las que una sola bastaria para enterrar diez veces á cualquier otro.

Ménos afortunado que su superior, el capitán Dominguez, que habia sido herido tambien en el jardín de la Cruz, fué llevado espirante á su alojamiento. Las gentes que habitaban la casa, espantadas por las balas que caian allí, se refugiaron en el centro de la plaza. Dominguez fué olvidado. Cuando mas tarde se entró á aquella casa, encontróse el cadáver del capitán en plena descomposicion y exhalando un olor fétido.

Gran número de heridos fueron conducidos al hospital. Algunos morian en el camino ó al llegar. Entre los primeros se hallaba un comandante austriaco, pequeño de cuerpo, rechoncho, de barba rubia; tenia todavía colgado al cuello un lente que llevaba constantemente en el ojo izquierdo. Fué muerto á tiempo que le pegaba á su asistente, al que reprochaba ponerse á cubierto para apuntar al enemigo ó cargar de nuevo su fusil. Apenas le habia dado algunos cintarazos, cuando cayó con la cabeza hecha pedazos.

Se le condujo á la ambulancia, pero espiró en el camino.

Las largas salas del hospital, adonde fuí á visitar á algunos artilleros mas ó ménos maltratados por el enemigo, presentaban el aspecto mas triste. Estaban ya guarnecidas de heridos; pero en vez de las quejas que me esperaba oír, apenas si llegaba hasta mí un débil gemido. Los pacientes se hallaban acostados en camas improvisadas que se habian conseguido á toda prisa: imperiales y republicanos estaban confundidos, y se les cuidaba sin distincion; así lo habia querido el Empe-

rador. Estos desventurados tenían heridas de las que algunas eran extraordinarias por su aspecto y por las circunstancias en que se habían recibido.

La vista de un infeliz alemán de barba rubia, cuya cara había sido atravesada por una bala, me sorprendió vivamente, porque su herida, desfigurándole de una manera horrible, le permitía hablar todavía.

Uno de los médicos, bravo y digno ciudadano de Maravatío, que cuidaba á los enfermos con una abnegacion superior á todo elogio, me declaró que la herida se volvería mortal probablemente. La calentura comenzaba á apoderarse del herido.

Un ginete había recibido un lanzazo en el vientre, y sus entrañas colgaban fuera de la herida.

Uno de nuestros artilleros tenía una bala alojada en los intestinos, y sufría atroces dolores; no teniendo remedio su herida, murió despues de muchos días de atroces sufrimientos.

El servicio del hospital de Querétaro no estaba todavía completamente organizado, y ese establecimiento era imágen fiel de lo que se llama los hospitales ambulantes militares en México.

El servicio médico del ejército no ha existido jamás realmente desde la Independencia. Durante la guerra con los Estados-Unidos (1846-47), la falta de servicios militares, la ausencia de una intendencia inteligente, causaron más mal á las tropas mexicanas que el fuego del enemigo, y le hicieron perder todas las ventajas que habrían podido sacar de la batalla de la Angostura.

¿No hemos visto muchas veces nosotros mismos columnas de tres á cuatro mil hombres ponerse en campaña sin un solo cirujano?

Por fortuna, en Querétaro, el Emperador estaba allí. Todos los días, sin faltar uno, visitaba el hospital. Estas visitas

requerían cierto valor hácia el fin del sitio, es decir, en el momento en que el tifo, la fiebre del hospital, el calor y el desarrollo de enfermedades epidémicas de todas clases, hacían considerar la entrada de un enfermo ó de un herido al hospital como una partida para el otro mundo.

Las visitas del Emperador reanimaban á los heridos, á los enfermos, y estimulaban á los médicos.

Se necesita haber estado en semejante posición para poder comprender bien el inmenso y saludable efecto que producen esos estímulos directos de un soberano amado, dirigidos á heridos á los que algunas veces la moral sola puede salvar.

Visitando un hospital ruin, infecto, asolado por enfermedades epidémicas, el Emperador ejercía uno de esos actos de valor que generalmente pasan desapercibidos, pero que no por eso merecen menos la admiración.

Por la noche, en una de las entradas principales de la Cruz, fuí testigo de una escena que me conmovió profundamente, aunque la costumbre de los espectáculos de este género habrían debido aguerrirme contra semejantes impresiones. Los soldados del batallón del Emperador recogían á sus camaradas caídos en el jardín, para trasportarlos al hospital, si respiraban todavía, ó para reunir bajo una bóveda á los que habían muerto.

Había allí algunas mujeres suplicando que se las dejase entrar para reconocer á sus maridos que no habían vuelto á parecer. Un grito anunciaba que alguno de estos había sido encontrado vivo aún, ó una exclamación de angustia daba á conocer que una de aquellas pobres mujeres acababa de ver pasar el cadáver ensangrentado del ser á quien amaba más en el mundo. En medio de aquellos gritos se oía la voz tonante del oficial de guardia, ordenando echar á todas aquellas picaronas á culatazos.

Me acuerdo de una jóven, cuya belleza marchita llamó particularmente mi atención. Llevaba una criaturita en sus brazos, y pedía con instancia que se la dejase entrar para buscar á su marido, que no parecía; su semblante expresaba la angustia mas punzante, que se cambió luego en espantosa desesperacion cuando creyó reconocer á su esposo entre los cadáveres que se trasportaban al lado. En su dolor, se echó á los piés del sargento para pedirle la gracia de pasar.

—¿Quién es vuestro marido? preguntaba este.

—Es el cabo Fulano, contestaba aquella desventurada.

El sargento consultó con algunos soldados, y contestó con un embarazo de mal agüero:

—Pero si está de guardia detrás del convento, y no podeis verle hasta mañana.

—No es cierto, exclamó, no es cierto, sargento; estoy segura de que le han matado; creo que es el que acaba de pasar. Algo me dice que ha muerto. Por María Santísima, dejadme pasar. No quiero que le entierren sin que le vuelva á ver.

Instó tanto y tan bien, que la dejaron entrar.

Corrió inmediatamente adonde creía encontrar á su marido; su instinto no la había engañado. Era el mismo á quien habían trasportado un momento ántes; se echó con su hijito sobre el cuerpo del pobre cabo. Fácilmente se comprenderá la desesperacion de la desventurada mujer.

Por la noche, algunos de los nuestros, privilegiados de la fortuna, ó cuya presencia no era necesaria en las líneas, pudieron ir á visitar la ciudad. Reinaba en ella una animacion ardiente. Los habitantes salian de sus tiendas cerradas ó se asomaban á sus balcones. Los diversos incidentes de la jornada eran contados con pasion, y muchas veces desfigurados.

En el hotel del Aguila Roja muchos de los nuestros se en-

contraban reunidos en la mesa redonda; cada uno contaba lo que había pasado en su puesto, en su batallon, ó lo que había hecho su regimiento. Se felicitaban por aquella victoria que presagiaba otras.

Se contaba la muerte de un camarada estimado, de un valiente oficial superior; se criticaba el dudoso valor de otro.

El ardor de los liberales durante el ataque era, sobre todo, el asunto de la conversacion de los que no llevaban el odio contra los republicanos hasta el punto de rehusar á estos últimos toda especie de justicia. Ya no conociamos á nuestros antiguos adversarios, cuya única táctica había parecido ser, hasta entónces, la fuga. Nuestros nuevos enemigos, por el contrario, se habían presentado audazmente en los diversos episodios de la jornada.

No debe olvidarse que en el sitio de Puebla esas malas tropas indígenas, que las tropas de la Intervencion parecían desdenar tanto, despues de haber opuesto una magnífica resistencia cuando el asalto y la toma de San Javier, volvieron valientemente á la carga para tratar de recobrar este fuerte tan disputado. Es cierto que estaban mandados por hombres como el general Negrete y el coronel Bernardo Smith.

Por los partes del mariscal Forey sabemos que los sitiados, convertidos en asaltantes á su vez, fueron recibidos por el fuego terrible de los zuavos y de los cazadores de á pié; pero lo que no se sabe es que durante aquella tentativa desesperada, los defensores de la plaza sufrieron las pérdidas mas crueles.

La Intervencion cometió una injusticia, y una falta muy impolítica, criticando hasta el extremo la mala organizacion de las tropas improvisadas de Juarez, sin hacer justicia á su valor.

Lo repito; la mayoría de los nuestros, en su odio contra nuestros adversarios, no queria reconocer que al ménos los re-

publicanos se habian portado bien durante la jornada; pero la verdad histórica me obliga á decirlo aquí.

Antes de separarse, se bebió por la salud del Emperador y por la de Miramon y de Méndez, generales que inspiraban las mayores simpatías.

Por la noche los republicanos, apostados en el cerro de Carretas, frente á la Cruz, nos enviaron balas y granadas, todas dirigidas á la Cruz, que les ofrecia un magnífico punto de mira, á causa del gran número de luminarias y luces que encerraba, y que nadie se habia tomado el trabajo de disimular.

VIII

El Emperador condecora las banderas del batallon del Emperador y del 3.º de línea.—Desertores enemigos.—Jornada del 17 de Marzo.—Combate de San Juanico.—El general Márquez, acompañado del ministro Vidaurri y escoltado por la brigada Quiroga, va en busca de refuerzos á México.

Al dia siguiente 15, el Emperador distribuyó algunas recompensas á los oficiales y á los soldados que se habian distinguido de una manera excepcional. Despues tuvo lugar una pequeña ceremonia renovada de la campaña de Italia, bajo el segundo imperio frances. El batallon del Emperador y el 3º de línea se formaron en cuadro en la plaza de la Cruz; el Emperador llegó, seguido de los generales Márquez, Méndez y de su estado mayor. Hizo saber á los dos batallones que, por su conducta á las órdenes del general Méndez en sus campañas anteriores, y por la de la víspera, habian merecido que fuesen condecoradas sus banderas.

Colocó él mismo una cruz del Aguila Mexicana en cada una de las banderas que le fueron presentadas. El general

Márquez tomó en seguida la palabra. Exhortó á los soldados á conducirse siempre así para merecer nuevas recompensas honoríficas; además, les hizo entrever que el Emperador no se separaría de ellos. Las palabras del gefe de estado mayor afirmaron más á esos dos batallones y á toda la brigada de reserva, en la creencia, generalmente extendida, de que el Emperador nos conservaría á su lado para formar el núcleo de su guardia. Este pensamiento nos entusiasmaba.

Se presentaron algunos desertores del campo enemigo. Estos infelices excusaban su accion de un modo muy sencillo; se les habia cogido por fuerza; se les tenia en un estado de miseria y de servidumbre horrible, y se escapaban á la primera ocasion que se les presentaba. Algunos eran antiguos soldados imperiales, caidos en poder de los republicanos, y á quienes estos habian obligado á entrar á sus filas. Regresaban pidiendo volver á sus antiguos cuerpos. Todos pintaban con vivos colores la desmoralizacion de nuestros adversarios. En general, no debe uno fiarse mucho de la declaracion de esos individuos, que exageran siempre el mal lado de la situacion del enemigo para hacerse interesantes ó para excusar su conducta. Sin embargo, era cierto que nuestros adversarios estaban profundamente desanimados.

El general Miramon lo comprendia así, y en su impaciencia de combatir instaba sin cesar al emperador para que atacase á su vez. El soberano, que combatia con las tropas mexicanas por primera vez, tenia, como todos, una ciega confianza en la experiencia del general Márquez, su gefe de estado mayor, quien queria esperar un segundo ataque del enemigo, ó que levantara el sitio. El Emperador, como todos los que no habian visto á Miramon con las manos en la obra, tomaba la impaciencia de este por imprudencia. A pesar de eso, parece que el Emperador se decidió á atacar. Miramon tomó todas

las disposiciones necesarias la noche del 17. Su plan era tomar las alturas que rodeaban á San Pablo y San Gregorio; yo lo supe mas tarde, por casualidad. Lo cierto es que el ataque abortó sin que se supiese por qué.

La brigada de reserva, que debia dirigirse á la línea del Norte, relevada demasiado tarde, no llegó á tiempo á su puesto, y la calle que conduce de la plaza de San Francisco al puente de San Sebastian, obstruida por una trinchera y por carros hechos pedazos, fué teatro de un peligroso desorden. Mi batería se vió imposibilitada de continuar su marcha. Los dragones de la Emperatriz querian pasar á toda costa. Por fin se destruyeron los obstáculos, y comenzaba á restablecerse el orden, cuando, de repente, recibimos orden de volver á la Cruz.

Nada comprendiamos entónces de lo que pasaba; pero mas tarde supe que en el momento en que iba á comenzar el ataque, el comandante de la Cruz creyó que adivinando los republicanos el objeto del movimiento que se verificaba, y sabiendo que su puesto estaba abandonado, se disponian á atacarle. Espantado sin duda de la responsabilidad que pesaria sobre él si el enemigo se apoderaba de la Cruz, que era tambien la clave de la ciudad, mandó avisar inmediatamente al general Mendez.

Este, creyendo que se corria el peligro de perder la Cruz, corrió á galope á avisarle al Emperador al cerro de las Campanas. Unos segundos mas, y la accion iba á comenzar. La posicion era crítica. El Emperador consultó al general Márquez, quien deseaba suspender el ataque y contestó que era preciso conservar la Cruz ántes que todo.

El Emperador dió orden de suspender el ataque. Márquez se dirigió á toda prisa adonde se hallaba Miramon para transmitirle esta orden, mientras que el Emperador y el coman-

dante general de artillería Arellano se dirigian corriendo á la Cruz. El general Márquez llegó en el momento en que Miramon, con la espada en la mano, pasaba al frente de sus tropas arengándolas, y les comunicaba su ardor y su fé ciega en el éxito de la jornada.

El dia iba á comenzar. Diez y ocho piezas de artillería, que se habian colocado en batería frente á las posiciones enemigas, se disponian á comenzar el fuego. La orden, trasmitida por el general Márquez en persona, la noticia de que el enemigo se disponia á tomar la Cruz que habia quedado casi abandonada, y la de que la brigada de reserva no se hallaba todavía en su puesto, causaron á Miramon una desesperacion furiosa. Envainó su espada, tiró al suelo su sombrero, y dió orden á las tropas de volver á la ciudad. Volvió él mismo á Querétaro, pálido y llorando de rabia.

Supo en el camino que nadie pensaba en atacar la Cruz. Llegó su desesperacion á tal grado, que se exaltó y dijo al viejo ministro Vidaurri, á quien encontró á caballo frente al palacio municipal:

—Decid al Emperador que ya no cuente conmigo para ningun proyecto de ataque ni para ningun consejo de guerra. Obedeceré todas las órdenes que me dé; pero nada mas.

El viejo ministro, hombre prudente ántes que todo, trató de calmar á Miramon y se guardó muy bien de decir al Emperador las palabras del general.

El Emperador reconoció el error involuntario del comandante de la Cruz, pero demasiado tarde para reparar el mal, porque ya era de dia y el enemigo veia todos nuestros movimientos, que debian ser un enigma para él.

Yo atribuí el error que nos impidió atacar aquel dia, á la fatalidad que nos persiguió durante todo el sitio y nos arrancó tantas veces el triunfo en el momento en que ya era nues-

tro. Estoy persuadido, por lo que mas tarde ví hacer al general Miramon con menores elementos, de que ese ataque nos habria dado infaliblemente la victoria, tanto mas cuanto que el enemigo, que no habia presentido siquiera nuestro movimiento, iba á sorprenderse completamente. El Emperador lo comprendió así y se aumentó su estimacion por Miramon.

Desde aquel dia nuestra posicion fué verdaderamente mala. El enemigo, comprendiendo que no nos venceria sin graves dificultades, comenzó sériamente la circunvalacion de la plaza.

El general Miramon recibió orden de hacer una salida, por el Oeste de la ciudad, á la hacienda de San Juanico, donde habia víveres y forrajes y donde se encontraba una division republicana, compuesta principalmente de caballería.

El general Miramon partió, desde muy temprano, con los ginetes fronterizos de Quiroga, el batallon de Celaya, una parte de los Cazadores franco-mexicanos y cuatro piezas de artillería. San Juanico está situado á cuatro kilómetros de la ciudad. Las grandes guardias del enemigo fueron puestas en fuga; la hacienda fué tomada sin disparar un tiro, y se procedió, sin pérdida de tiempo, á cargar, en carros llevados á este efecto, todo el maiz que se encontró allí. Durante esta operacion, la caballería republicana volvió á la carga; estaba sostenida por la artillería. Pero Miramon contuvo al enemigo hasta lo último.

Miéntas tanto, nuestros fronterizos tenian un encuentro serio con el enemigo en el camino de Celaya. Quiroga, que habia recibido orden de no aventurarse, se veia obligado á batirse en retirada ante un enemigo que aumentaba rápidamente en número, cuando la guardia municipal de á pié, de México, llegó muy á tiempo en su auxilio. Esta valiente tropa, conducida de una manera admirable por su jóven gefe el teniente coronel Rodriguez, hizo decididamente inclinar la balanza en nuestro favor.

Luego que se acabó de cargar el botin, Miramon dió orden á sus tropas de volver á la ciudad. El enemigo las siguió muy de cerca y las atacó de nuevo.

Pero Miramon le rechazó otra vez con la guardia municipal y los cazadores, y nuestras tropas ya no tuvieron que sufrir el fuego de los cañones colocados en los Cerros de San Gregorio. En aquel momento, una granada bien dirigida cayó sobre la cajuela de municiones de un obús, que por fortuna estaba casi vacía, y le comunicó el fuego. Una terrible explosion mutiló á los artilleros que servian la pieza, á los conductores y á las mulas, é hirió á varios soldados que se hallaban á su alcance.

El príncipe de Salm se distinguió aquel dia como en el combate del 14, y debió la vida á una maña de su caballo, que levantaba extraordinariamente la cabeza á cada momento: el animal recibió una bala en el cráneo durante uno de sus movimientos.

Nuestras pérdidas fueron sensibles, principalmente entre los ginetes de la Frontera.

El general Márquez y algunos otros opinaban por retirarse á México, á fin de reunir las fuerzas que existian en la capital y dar una batalla decisiva á los republicanos, con mas probabilidades de buen éxito.

Por fortuna, el Emperador no acogió esta idea. Miramon y Arellano demostraron en un consejo de guerra que el Emperador mandó reunir el 20 de Marzo para tratar esta cuestion, que la retirada equivalia á la derrota.

Todos los generales estuvieron de acuerdo en un punto: uno de ellos debia ser enviado á México, para recoger una parte ó la totalidad de las tropas concentradas en esta ciudad, y todos los recursos pecuniarios que se pudieran reunir; despues debia reunirse con el pequeño ejército imperial, ó maniobrar

de manera que le auxiliara en los movimientos que iba á hacer para obligar al enemigo á levantar el sitio.

El mismo Emperador escogió al general Márquez para desempeñar esta mision; le agregó á D. Santiago Vidaurri, nombrado presidente del consejo de ministros, y les dió para que los escoltara una brigada de caballería compuesta del 5º de Lanceros, nuestro mejor regimiento despues de los dragones de la Emperatriz, y los dos cuerpos de caballería auxiliar de la Frontera, todo mandado por el coronel Quiroga.

En la noche del 22 al 23, el general Márquez partió como á la una de la mañana, por el Sur de la ciudad, que el enemigo no ocupaba todavía, y tomó el camino de la Sierra.

El enemigo, que no tenia gran necesidad de su caballería, envió en persecucion de los nuestros una columna de cuatro mil caballos, mandada por el general Guadarrama.

Hasta por la mañana no supimos la partida del general Márquez. Muy pronto traspiró el objeto de su mision.

—Como no vaya á hacer lo que en 1860, cuando debia auxiliar á Guadalajara..... decian los viejos oficiales.

En efecto, como nadie lo ignora, Guadalajara, sitiado entonces por todas las fuerzas liberales, resistió heroicamente en espera del auxilio que debia prestarle el general Márquez; pero este llegó demasiado tarde para impedir que aquella plaza cayese en poder de nuestros enemigos.

TERCERA PARTE

EL SITIO

(CONTINUACION)